

## Funeral P. Basilio Álava Sáenz (+22-10-2020)

### Homilía

Queridos hermanos: comunidad de agustinos, familia del Colegio Urdaneta (profesorado, personal, alumnos y ex alumnos), amigos todos:

Hay un canto religioso, muy bonito ciertamente, que de vez en cuando entonamos en nuestra comunidad en la misa diaria, a la hora de la comunión. Se llama **“vaso nuevo”**, y nos habla de cómo queremos ser barro en manos del alfarero, el Padre Dios, en cuyas manos ponemos nuestra vida para que la “haga de nuevo”. Era el canto favorito de Basilio; de vez en cuando nos decíamos: hoy vamos a cantar el vaso nuevo. Y con su mirada pícara, nos sonreía. Al acabar la misa, camino de la cena, iba a lo largo del pasillo canturreándola, con su andar cansino sostenido por su andador.

Y un vaso nuevo fue Basilio muchas veces. Desde aquel 22 de marzo del año 26 en que vino a este mundo, para alegría de Victoriano y Serapia, padres de una numerosa prole que se completaría con hasta doce hermanos. Hueto Arriba, un pequeño pueblo próximo a Vitoria, fue el lugar que le vio nacer y en el que pasó sus primeros años de vida. Un vaso nuevo, en esa infancia alavesa que dejó su huella en él.

Y la existencia de Basilio se hizo vaso nuevo cuando sus padres le llevaron al Seminario Menor de Valencia de Don Juan, donde surgiría la llamada de Dios para ser agustino. Allí y más tarde en Valladolid se sembró en él la impronta agustiniana, hasta el año 1950, en que profesó como agustino, y unos meses después al recibir la Ordenación sacerdotal.

El barro se iba modelando, y le tocaba fraguarse allende los mares. En Colombia, a donde fue destinado de forma inmediata tras finalizar su formación inicial, tendrá su primera gran experiencia vital, desarrollando su ministerio durante 20 años como profesor, director

y ecónomo en el Liceo Cervantes de Bogotá y en su homónimo de Barranquilla. También fueron años de estudios, obteniendo las titulaciones en Filosofía y Ciencias y en Matemáticas.

En el año 1971 viajó a España en principio de forma temporal, con el deseo de un pronto regreso a Colombia. Pero el Señor le había reservado un cambio radical de vida; otra vez a hacerse vaso nuevo: desde entonces y hasta 2007 –36 años, ni más ni menos– será miembro de la comunidad del Colegio Urdaneta de Loiu, por entonces recién inaugurado, salvo un año que estuvo en el COU aquí, en San José de Bilbao.

En el Colegio Urdaneta ejerció la labor pastoral, la administrativa y la docente, marcando un antes y un después. No son pocos los antiguos alumnos que todavía guardáis un recuerdo imborrable de él y de sus clases durante tantos años. Detrás de su carácter, aparentemente singular y exigente, se escondía una persona sencilla y dotada de gran sensibilidad, cercanía y preocupación por todo y por todos los que le rodeaban. En sus clases de Matemáticas, los conocimientos de ecuaciones, integrales o derivadas siempre estaban aderezados con anécdotas, dichos o historias (sus célebres “pildoritas”) que constituían toda una lección de vida. Inolvidables también, por lo que os he oído contar, sus famosas unificadas, sus exámenes en las mesas cuadradas del comedor escolar, o su compás hecho con una simple tiza y una cuerda que siempre llevaba en el bolsillo, o el “Bar Silio”, en el que los sábados por la mañana vendía sus célebres tortillas.

Numerosas promociones de alumnos reconocen hoy, con el paso del tiempo, la impronta imborrable que el P. Basilio ha dejado como religioso y como educador. Como alguno de estos antiguos alumnos le ha definido certeramente, era «distinto, un educador y forjador de caracteres».

Una de sus célebres ideas era que la jubilación no tenía cabida, y menos en los religiosos, por lo que costó Dios y ayuda que, pasados ya los 75 años, dejase la docencia para vivir con más tranquilidad. Como costó que, con más de 85, se diese cuenta que eso de conducir había que dejarlo para otros.

Pero no quedaría ahí la cosa, pues en el año 2006, con 80 años ya cumplidos, el barro volvería a fraguar, volvería a hacerse nuevo. Fue destinado a su admirada Nueva York, a pesar de que muchos le aconsejaban quedarse tranquilo donde estaba. Allí dedicará 7 años de su madurez a la actividad pastoral en la parroquia Holy Rosary, del distrito de Harlem, quedando encandilado de modo sorprendente por aquella experiencia.

Finalizado su periplo en la ciudad que nunca duerme, volvió de nuevo a Urdaneta con 87 años de edad. Todavía tenía el Señor alfarero que dar una nueva vuelta a su barro. Aquí pasará los últimos siete años de su vida, en los que su salud se fue debilitando paulatinamente con el tiempo, aunque mantuvo siempre un admirable espíritu vital, levantándose tras cada caída y soñando con recuperarse para poder regresar a Nueva York. Y, hasta hace cuatro días como quien dice, ¡se lo creía! Unos días no podía andar, tenía que ir en silla de ruedas, y pensábamos: se acabó el andar. Pero al poco amanecía otra vez en pie. Como alguno que aquí está decía: ¡es un auténtico superviviente! Doy fe de ello.

Quienes hemos compartido con Basilio la última etapa de su vida, sabemos que no ha sido fácil. La vida se torna compleja, misteriosa, y así tenemos que asumirla.

Y por ello cobran especial valor las palabras que hemos escuchado en el Evangelio: *venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviare*. Sabemos bien que Basilio estaba ya muy necesitado del alivio del Señor. Sabemos bien que él, durante toda su vida, también supo llevar el descanso del Señor a muchas

personas, como también lo recibió de otras tantas. No doy nombres, pues algunos se quedarían en el tintero: personas que trabajáis o habéis trabajado o habéis pasado por el colegio Urdaneta, en diversos ámbitos (profesorado, limpieza, cocina, sanidad, secretaría, recepción, polideportivo, ex alumnos y familias), hermanos de la comunidad religiosa agustiniana, siempre al pie del cañón. Sabed, todos vosotros, que habéis sido las manos y el corazón de Dios para nuestro hermano. Dios os lo pague.

Basilio, un luchador incansable, inconformista, un religioso peculiar, cuya huella en la vida de quienes hemos convivido con él será imborrable. Aunque a veces llegase a desesperarnos por su terquedad, a partes iguales llegaba a encandilarnos con su sola presencia, con su mirada, con su peculiar sonrisilla, como buen conversador y hombre siempre interesado por el buen funcionamiento de todo.

Muchas veces a lo largo de estos últimos años de su vida, añoraba el regreso de los que habíamos salido de casa por algún motivo, recordando lo bueno que era poder estar todos juntos a la mesa, debatiendo sobre sus temas favoritos. Ahora la añoranza es nuestra, Basilio, aunque confiamos en que, en el seno amoroso del Padre, ya habrán pasado para ti todas las fatigas y desvelos, disfrutando de la Vida en plenitud. Descansa en paz.

Y, como dice el cantar: *toma mi vida, Señor, hazla de nuevo. Yo quiero ser un vaso nuevo.* Que así sea.